

# Dossier

## Cartografías Sensibles. Pensar Una Escritura Del Territorio

### Sensitive Cartographies. Thinking A Writing Of Territory

**Celsio Arceu Alarcón**

Universidad de Valparaíso. Valparaíso, Chile.  
celsio.arceu.a@gmail.com

**Recibido:** 31 de agosto de 2025

**Aceptado:** 31 de octubre de 2025

**TRAZOS - REVISTA DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA - AÑO IX - VOL. II. - DICIEMBRE 2025**

PÁGINAS 34-46 - E-ISSN 2591-3050

<http://www.ojs.unsj.edu.ar/index.php/trazos/>

INSTITUTO DE FILOSOFÍA - FACULTAD DE FILOSOFÍA, HUMANIDADES Y ARTES - UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN JUAN

**Resumen:** Este artículo aborda la cartografía sensible como una forma de pensar y escribir el espacio desde la experiencia situada. No se trata de representar un territorio previo, sino de producirlo en el mismo acto de escritura, a través de la percepción, el cuerpo y la memoria. La cartografía sensible es fragmentaria, abierta y en constante transformación, porque el espacio mismo está en devenir. Georges Perec permite reflexionar sobre el espacio cotidiano, sus límites y umbrales, mientras que Gilles Deleuze impulsa una concepción del mapa como rizoma, sin centro ni unidad, donde cada trazo configura nuevas conexiones. Desde esta perspectiva, escribir es cartografiar, y el territorio emerge como una construcción singular que articula cuerpo, entorno y relaciones.

**Palabras clave:** cartografía sensible – escritura – territorio.

**Abstract:** This article explores sensitive cartography as a way of thinking and writing space from a situated experience. It does not represent a pre-existing territory but produces it through writing, perception, and embodied memory. Sensitive cartography is fragmentary, open, and in constant transformation, since space itself is always becoming. Georges Perec reflects on everyday space, its limits and thresholds, while Gilles Deleuze redefines mapping as a rhizomatic practice, without center or unity, where each trace generates new connections. In this sense, writing is mapping, and territory emerges as a singular construction linking body, environment, and relations.

**Keywords:** sensitive cartography – writing – territory.

*Escribir no tiene nada que ver con significar,  
sino con deslindar, cartografiar*

Deleuze y Guattari

La escritura, en su sentido más elemental, consiste en el acto de trazar signos sobre una superficie —o, como es en nuestros tiempos, en algún soporte digital— con el fin de producir huellas que puedan ser interpretadas. Sin embargo, esta práctica excede la mera producción de significados. La tradición filosófica ha mostrado con insistencia los límites de la escritura y del lenguaje mismo frente a la realidad. Kant, al situar la facultad de conocer en el sujeto, establece la imposibilidad de acceder a “la cosa en sí”, lo nouménico, aquello que permanece inaccesible a la representación conceptual. Más tarde, Nietzsche radicaliza esta crítica: el lenguaje no es sino una construcción humana y las palabras no son más que: “la imagen sonora de un estímulo nervioso” (Nietzsche, 2018, p. 22), y por lo tanto son incapaces de establecer una correspondencia directa entre las palabras y las cosas.

Pensando desde otro tipo de escritura, la poesía, por ejemplo, nos encontramos con el escritor chileno Juan Luis Martínez, quien nos sitúa en este plano discursivo. En su obra, *La nueva novela*, ofrece un ejemplo esclarecedor mediante su poema *Observaciones sobre el canto de los pájaros*. Allí compara el lenguaje humano con el canto de los pájaros, sugiriendo que la naturaleza no se expresa en palabras ni sonidos significantes, sino en un silencio que trasciende el discurso. El “pajarístico”, como lo denomina Martínez, aparece como un “lenguaje transparente”, opuesto a la opacidad de las lenguas humanas, cargadas de “palabras fantasmas”. En este caso, la metáfora revela la tensión entre la palabra y lo real, recordándonos que toda significación humana es incapaz de agotar el afuera, limitándose así a la vida humana.

Para la naturaleza no es el canto de los pájaros  
ni su equivalente, la palabra humana, sino el silencio,  
el que convertido en mensaje tiene por objeto  
establecer, prolongar o interrumpir la comunicación  
para verificar si el circuito funciona  
y si realmente los pájaros se comunican entre ellos  
a través de los oídos de los hombres  
y sin que estos se den cuenta.

NOTA:

Los pájaros cantan en pajarístico,  
pero los escuchamos en español.  
(El español es una lengua opaca,  
con un gran número de palabras fantasmas;  
el pajarístico es una lengua transparente y sin palabras)  
(Martínez, 2016, p. 89)

En este poema, la relación entre lenguaje y realidad se reformula al situarse en el ámbito de lo afuera. Nos abre a pensar la exterioridad de nuestro lenguaje, más allá de lo humano. Allí, los sonidos que reproducimos bajo la forma lingüística y los trazos significantes aparecen únicamente como figuras que se inscriben sin alcanzar una verdad trascendente en la naturaleza. Hay intensidades, resonancias que se asemejan con el canto de los pájaros, puesto que ellos perciben nuestro lenguaje en su misma transparencia, por tanto, se pierde el sentido en la recepción de las otras especies y cosas. Sin embargo, nuestras palabras y sus conjunciones —aunque limitadas y referidas solo a nuestra propia esfera— cumplen una función fundamental para nuestras relaciones sociales: posibilitan la comunicación, la construcción de imágenes y la producción de sentido que hace posible la comprensión mutua.

Otro autor contemporáneo que articula una perspectiva espacial de la escritura es el filósofo Michel Foucault. Durante su etapa arqueológica, particularmente en *La arqueología del saber* y en ensayos como *El pensamiento del afuera*, sostiene que el discurso no puede representar de manera total la exterioridad, pero sí se constituye como objeto en la medida en que genera formas, conexiones y superficies. En este marco, los discursos se despliegan en redes fragmentarias e inestables, siempre atravesadas por relaciones de poder y situadas en el espacio de la exterioridad. Es importante señalar que Foucault distingue entre afuera —el espacio informe de las fuerzas— y exterioridad —el medio donde ocurren las relaciones de fuerzas y pueden ser definidas—, aunque sin profundizar en estos conceptos aquí, su aporte resulta clave para pensar un nuevo giro ontológico espacial. Serán fundamentales estas reflexiones que plantea Foucault para otros autores como Deleuze, este último retoma y repiensa estas problemáticas, reconociendo la importancia de la escritura como práctica activa: “Escribir es luchar, resistir; escribir es devenir, escribir es cartografiar, soy un cartógrafo” (Deleuze, 2015, p. 71). La cita evidencia cómo la escritura no solo representa, sino que interviene, traza conexiones y produce un plano de relaciones, integrando así

la noción de cartografía, término clave para re-pensar la escritura hoy.

En este sentido, escribir no puede totalizar, no puede significar. Sin embargo, algo puede entregarnos, y la reflexión de Gilles Deleuze y Félix Guattari nos ofrecerá un punto de inflexión. Para ellos, la escritura no consiste en significar, sino en cartografiar. La cartografía, en este sentido, no busca representar una totalidad, sino trazar, deslindar y delimitar. Escribir es mapear intensidades y relaciones, más que describir objetos. *Cartografiar* no implica representar un territorio ya dado, sino deslindar, trazar límites, abrir un mapa en constante construcción. El término deslindar —del latín *delimitare*— remite tanto a la acción de marcar fronteras como a la de clarificar. De este modo, escribir se convierte en un ejercicio espacial: no una captura definitiva del afuera, sino la producción de un mapa escrito que registra relaciones, intensidades y movimientos desde una experiencia situada.

A partir de estas perspectivas, el presente ensayo se propone analizar la noción de *cartografía sensible* como una forma de escritura que, lejos de pretender representar el mundo de manera exhaustiva, busca abrir un espacio de relación con la exterioridad. Se expondrá un análisis del uso del término cartografía desarrollados en *Mil mesetas* por Deleuze y Guattari, para luego, articular con la mirada espacial de George Perec, una posición respecto de lo que es experiencia situada. La hipótesis que orienta esta investigación sostiene que la escritura-cartografía no es un ejercicio representacional, sino productivo: configura modos de habitar y de percibir el territorio a través de trazados que permanecen abiertos, fragmentarios y localizados. En este sentido, la cartografía puede pensarse como una escritura sensible del territorio. Así como el geógrafo o el arquitecto delinean superficies a partir de la observación de los relieves, la escritura, desde esta reflexión y desde cualquiera de sus entradas, como la poesía y la filosofía, por ejemplo, puede trazar mapas que no buscan agotar la realidad, sino abrir nuevas formas de relación con ella desde la experiencia situada. Al reconocer el límite del discurso y su imposibilidad de decirlo todo, la escritura-cartografía se vuelve un acto de sensibilidad individual que se abre hacia la exterioridad: una manera de acercarse al devenir, la multiplicidad, el silencio del afuera y, desde allí, proponer nuevas lecturas, re-escrituras y formas-de-vida.

### **Cartografía y rizoma**

En *Mil mesetas* (1980), segunda parte de *Capitalismo y esquizofrenia*, Gilles Deleuze y Félix Guattari desarrollan una de las nociones más influyentes de su

obra: el rizoma. Este concepto se erige como una figura crítica frente a las formas clásicas y modernas de comprensión de la realidad, que se apoyaban en modelos dicotómicos o en estructuras arbóreo-genealógicas. Frente a ellas, el rizoma propone una manera distinta de pensar el devenir y la multiplicidad.

Los autores señalan que “el rizoma tiene formas muy diversas, desde su extensión superficial ramificada en todos los sentidos hasta sus concreciones en bulbos o tubérculos” (Deleuze y Guattari, 2015, pp. 12-13). La metáfora botánica ilustra la naturaleza orgánica de los fenómenos: estos no siguen un orden jerárquico ni lineal, sino que surgen, se desplazan y se conectan de manera transversal, como raíces que se expanden en distintas direcciones. Esta perspectiva implica una ruptura con nociones tradicionales como el origen, el centro o el sujeto, orientando la reflexión hacia la exterioridad y hacia una lógica de conexiones múltiples.

La imagen del bulbo o del tubérculo resulta especialmente significativa. Estos brotes acumulan sustancias diversas y permiten comprender cómo los fenómenos —incluidas las formas de vida y de conocimiento— se constituyen por la confluencia de múltiples variables que inciden sobre cada individuo en su exterioridad corporal. De ahí la afirmación central de Deleuze y Guattari: “no hay unidad principal, todo es multiplicidad” (Deleuze y Guattari, 2015, p. 12). El rizoma rompe así con la idea de una unidad lineal o de una totalidad cerrada, situando en su lugar un plano abierto de relaciones y fuerzas.

En este plano rizomático, cada cuerpo puede devenir un centro provisional, pues las conexiones no responden a una jerarquía, sino a la proliferación de multiplicidades. Se trata de una forma de pensamiento que desarticula la clásica oposición sujeto/objeto y desplaza la búsqueda de un origen absoluto. En esta línea, puede ponerse en diálogo con Michel Foucault, quien también concibe el espacio como el lugar donde se configuran relaciones de fuerza. La mirada contemporánea que abre el rizoma no solo problematiza las estructuras de poder, sino que sitúa al cuerpo —atravesado y afectado por su entorno— en el centro de un campo de relaciones múltiples, dinámicas y siempre abiertas.

Las multiplicidades son rizomáticas [...] No hay unidad que sirva de pivote en el objeto o que se divida en el sujeto. No hay unidad, ni siquiera para abortar en el objeto o para reaparecer en el sujeto. Una multiplicidad no tiene ni objeto ni sujeto, sino únicamente determinaciones, tamaños, dimensiones que no pueden aumentar sin que ella cambie de naturaleza. (Deleuze y Guattari, 2015, p. 14)

Uno de los principios elementales que presentan los autores sobre la figura del rizoma es la multiplicidad, instancia donde se puede conectar la relación entre espacio y devenir. Deleuze y Guattari sostienen que “solo cuando lo múltiple es tratado efectivamente como sustantivo, multiplicidad, deja de tener relación con lo Uno como sujeto o como objeto, como realidad natural o espiritual, como imagen o mundo” (Deleuze y Guattari, 2015, pp. 13-14). En este sentido, una multiplicidad no se organiza en torno a un centro ni a una unidad previa; “no hay unidad que sirva de pivote en el objeto o que se divida en el sujeto” (Deleuze y Guattari, 2015, p. 14), sino tan solo dimensiones y variaciones que cambian de naturaleza en el mismo movimiento en que se conectan. La multiplicidad, entonces, no se mide con patrones fijos, pues “no hay unidades de medida, sino únicamente multiplicidades y variedades de medida” (Deleuze y Guattari, 2015, p. 14). Este modo de pensar desplaza la mirada hacia un espacio de exterioridad: el plan de consistencia, definido como el afuera en el que las multiplicidades se conectan, se transforman y se redefinen mediante líneas de fuga o procesos de desterritorialización. La multiplicidad, así entendida, abre un plano espacial en el que lo real no se organiza por unidades centrales, sino por conexiones móviles y fluctuantes, siempre abiertas al afuera.

Una dimensión central del rizoma es su carácter cartográfico. Deleuze y Guattari insisten en que el rizoma se traza como un mapa que se va componiendo en devenir y no copiar una forma de realidad: “Muy distinto es el rizoma, mapa y no un calco” (Deleuze y Guattari, 2015, p. 17), lo que implica que no buscan reproducir ni imitar una realidad previamente dada, sino producirla mediante conexiones y desplazamientos. A diferencia del calco, que copia formas fijas y clausuradas, el mapa se orienta hacia la experimentación y actúa directamente sobre lo real. Por ello, el mapa forma parte activa del rizoma, contribuyendo a la conexión de campos, procesos de auto modelación singular y a la apertura sobre el plan de consistencia. Su potencia radica en que es abierto, desmontable, alterable y susceptible de recibir constantemente modificaciones, siempre con múltiples entradas y salidas.

Si el mapa se opone al calco es precisamente porque está totalmente orientado hacia una experimentación que actúa sobre lo real. El mapa no reproduce un inconsciente cerrado sobre sí mismo, lo construye. Contribuye a la conexión de campos, al desbloqueo de los cuerpos sin órganos, a su máxima apertura en un plan de consistencia. Forma parte del rizoma. El mapa es abierto, conectable

en todas sus dimensiones, desmontable, alterable, susceptible de recibir constantemente modificaciones. (Deleuze y Guattari, 2015, p. 18)

En este sentido, la cartografía no constituye un análisis abstracto ni una representación universal, sino una práctica pragmática que compone multiplicidades y distribuye intensidades. El mapa puede concebirse como obra de arte, acción poética o ejercicio meditativo, en tanto escritura experimental del espacio. El mapa se va escribiendo en la experiencia situada. En consecuencia, pensar el rizoma como mapa implica reconocerlo como un dispositivo de creación y de devenir, más que como un modelo de representación: un espacio abierto en permanente proceso de construcción. La cartografía, en el sentido deleuziano, no es un simple registro ni una representación estática del territorio; es un acto de producción y relación con el espacio. La noción de *cartografía sensible* retoma esta idea, enfatizando la experiencia situada y la escritura como prácticas que emergen desde el cuerpo y su percepción del entorno. Escribir, en este marco, significa trazar de manera fragmentaria los procesos de devenir del espacio, reescribiendo el territorio en cada instante y poniendo en juego la singularidad de quien observa.

El cuerpo actúa como instrumento que mide, percibe y establece conexiones entre los elementos del entorno. Cada gesto, cada observación, cada registro constituye una forma de mapear el espacio desde su propia experiencia, en diálogo con la multiplicidad de intensidades y relaciones que lo atraviesan. El territorio, así entendido, está en constante transformación: edificios, caminos y paisajes cambian, modificando las relaciones espaciales y la percepción que de ellas se tiene.

La escritura fragmentaria que produce la cartografía sensible refleja este dinamismo: no busca totalizar ni fijar la realidad, sino construir fragmentariamente un momento, con un paisaje, sus variables y reflexiones individuales que piensan el entorno. En este sentido, escribir se convierte en un acto creativo y situacional, donde cada trazo no solo registra, sino que también genera relaciones, apertura y conexiones posibles dentro de un espacio siempre en devenir. La cartografía sensible, entonces, es una forma de escritura que reconoce el movimiento, la multiplicidad y la singularidad, situando al cuerpo y a la percepción en el centro de la experiencia del territorio.

### **Georges Perec: espacio, cuerpo, límite**

Georges Perec, en *Especies de espacios*, introduce su reflexión espacial a partir de la imagen de un mapa en blanco, tomado de *La caza del Snark* de Lewis Carroll, al que denomina “Mapa del Océano”. Este mapa no ofrece trazos ni coordenadas, y carece de puntos cardinales, presentando así un espacio abierto, libre e incluso interpretable como vacío. La única delimitación perceptible son los bordes de la hoja, que contienen esa extensión infinita: sin ellos, el espacio sería un continuo inabarcable. La elección de Perec evidencia una primera operación conceptual: situar los límites como condición necesaria para percibir y pensar el espacio, estableciendo una noción de frontera que no depende de referencias absolutas, sino del marco desde el que el sujeto observa.

El autor enfatiza que su interés no se centra en el vacío, sino en aquello que lo rodea o se encuentra dentro de estos límites: “Al principio, no hay gran cosa: la nada, lo impalpable, lo prácticamente inmaterial: la extensión, lo exterior, lo que es exterior a nosotros, aquello en medio de lo cual nos desplazamos, el medio ambiente, el espacio del entorno” (Perec, 1974, p. 23). Perec nos da un punto de partida respecto a su obra. En primera instancia, negando la percepción clásica del vacío, nos hace pensar el espacio como esa demarcación matemática inmaterial, pensada como los límites que lo bordean. Luego agrega otro aspecto, lo interior de esos límites, en tanto extensión y exterioridad de la percepción individual, superficie de relieves y cuerpos heterogéneos que se relacionan, donde también nos ponemos en movimiento y nos desplazamos. Es importante agregar desde que terminología define este espacio, utilizando una terminología relacionada con la física, y se refiere al entorno o medio ambiente, también conocido como *milieu*. Esta cita sugiere que el espacio se construye desde la experiencia situada: no como una abstracción infinita, sino como una superficie tangible donde cuerpos y objetos interactúan. En otras palabras, el espacio no se percibe de manera uniforme o absoluta, sino que se manifiesta a través de los límites que configuran la percepción individual y la interacción con el entorno físico.

Perec extiende esta idea al enfatizar la proximidad de los espacios de experiencia cotidiana:

El espacio. No tanto los espacios infinitos, aquéllos cuyo mutismo, a fuerza de prolongarse, acaban provocando algo que parece miedo, ni siquiera los ya casi domesticados espacios interplanetarios, intersidiales o intergalácticos, sino espacios mucho más próximos, al menos en principio: las ciudades por ejemplo, o los campos, o los pasillos del metropolitano, o un jardín público. (Perec, 1974, p. 23)

La atención a lo cercano refuerza la noción de experiencia situada: el cuerpo se encuentra en un lugar particular, con límites perceptibles que determinan el horizonte de lo observable. El espacio, entonces, es simultáneamente exterioridad y superficie de interacción, donde los individuos se desplazan, perciben y establecen relaciones con otros cuerpos y objetos.

Perec invita a repensar el espacio desde una perspectiva situada y terrenal, donde la percepción y el cuerpo son fundamentales para comprenderlo. Según el autor, “los espacios se han multiplicado, fragmentado y diversificado. Los hay de todos los tamaños y especies, para todos los usos y para todas las funciones. Vivir es pasar de un espacio a otro haciendo posible para no golpearse” (Perec, 1974, p. 25). Esta fragmentación subraya que el espacio no es homogéneo ni absoluto, sino plural, dinámico y condicionado por la experiencia concreta de quien lo habita.

También piensa el cuerpo:

Nos servimos de los ojos para ver. Nuestro campo visual nos desvela un espacio ilimitado: algo vagamente redondo, que se para muy rápido a izquierda y a derecha y que no baja ni sube demasiado alto. Si cerramos un ojo, conseguimos ver la punta de nuestra nariz; si subimos los ojos vemos que hay un arriba. Si los bajamos vemos que hay un abajo, si volvemos la cabeza en una dirección y luego en la otra, ni siquiera llegamos a ver completamente todo lo que hay a nuestro alrededor; hay que hacer girar el cuerpo para ver absolutamente lo que había detrás.

Nuestra mirada recorre el espacio y nos proporciona la ilusión del relieve y de la distancia. Así construimos el espacio: con un arriba y un abajo, una izquierda y una derecha, un delante y un atrás, un cerca y un lejos. (Perec, 1974, p. 123)

El cuerpo se convierte en un instrumento perceptivo que delimita el espacio a través de la vista, el movimiento y la orientación. La percepción corporal genera referencias espaciales —arriba/abajo, izquierda/derecha, cerca/lejos— y permite que el individuo construya su propio mapa del entorno.

Desde esta perspectiva, la obra de Perec anticipa nociones que se desarrollarán en el marco de la cartografía sensible. El espacio no es un absoluto abstracto ni un escenario neutro, sino un campo de intensidades y relaciones, delimitado por la percepción del cuerpo y su interacción con el entorno. La cartografía, entendida

como escritura espacial y sensible, encuentra en esta reflexión un precedente: trazar límites, observar el movimiento y situar la experiencia del sujeto en relación con la multiplicidad de fenómenos que configuran el territorio. En consecuencia, la propuesta de Perec permite conectar la dimensión literaria con la filosófica, ofreciendo un modelo en el que el espacio se percibe, se mide y se escribe desde la singularidad de la experiencia corporal.

Este enfoque evidencia que el espacio se transforma continuamente, se diluye y se renueva con el tiempo: “El espacio se deshace como la arena que se desliza entre los dedos... dejar alguna parte del surco, un rastro, una marca o algunos signos” (Perec, 1974, p. 140). La escritura, en este marco, se convierte en una forma de retener y cartografiar la experiencia situada. Cada trazo, cada marca, representa un fragmento del territorio percibido, constituyendo un registro sensible de los movimientos, los límites y las relaciones entre los cuerpos y su entorno. En este sentido, la obra de Perec piensa algo similar a la noción planteada de cartografía sensible: un mapa que no reproduce un espacio fijo, sino que lo produce, registra y reconfigura continuamente desde la singularidad del observador.

Leído desde los mapas de Deleuze y Guattari, el trabajo de Perec permite precisar el sentido de la cartografía sensible que aquí se presenta. Cuando Perec describe los espacios cotidianos -calle, barrio, ciudad, habitación- y muestra cómo el cuerpo los recorre construyendo referencias como arriba/abajo, cerca/lejos o dentro/fuera, no está simplemente registrando un escenario previo, sino componiendo un mapa fragmentario de la experiencia. Ese gesto nombrado anteriormente de “dejar alguna parte del surco, un rastro, una marca o algunos signos” puede entenderse como una práctica de mapeo que resuena con la noción deluziana del mapa: abierto, modificable, sin centro ni jerarquía, hechos de conexiones singulares más que de formas fijas. Mientras como Deleuze y Guattari piensan el mapa como rizoma y plan de consistencia, Perec pone en escena, a través de la escritura, las líneas sensibles de ese mapa en el nivel de lo cotidiano. Desde ahí la noción de cartografía sensible nombra el cruce entre ambos: una escritura que, al atender al cuerpo y al entorno inmediato, traza mapas singulares del territorio en devenir.

## **Conclusiones**

La cartografía sensible puede entenderse como un modo de escritura que, lejos de pretender representar el territorio como una totalidad fija, lo produce en su dinamismo, lo registra en su devenir y lo reconfigura en cada gesto de observación y trazo. No se trata de un mapa cerrado, sino de una práctica abierta que pone en juego el cuerpo, la percepción y la experiencia situada. En esta perspectiva, escribir es cartografiar: deslindar, trazar, delimitar y, al mismo tiempo, abrir nuevas conexiones.

Esta práctica es capaz de reescribir el territorio porque no lo concibe como un espacio dado, sino como un campo de intensidades, relaciones y multiplicidades en constante transformación. Allí, el territorio se vuelve siempre provisional, fragmentario y plural: no se limita a ser un soporte físico, sino que se constituye a través de la mirada, el movimiento y la sensibilidad de quienes lo habitan.

Así, la cartografía sensible se erige como un acto poético y político: poético porque traza desde la singularidad y la imaginación nuevas formas de habitar, y político porque al reconfigurar el espacio abre la posibilidad de resistir y de devenir otros. De este modo, la escritura-cartografía no solo registra huellas del mundo, sino que lo transforma, reinventando el territorio como un espacio vivo, plural y siempre por venir.

## Referencias bibliográficas

- Deleuze, Gilles.** (2015). *Foucault*. Ed. Paidós.
- Deleuze, G., Guattari, F.** (2015). *Mil mestas*. Ed. Pre-textos.
- Nietzsche, Friedrich.** (2018). *Verdad y Mentira*. Ed. Universidad de Valparaíso.
- Perec, Georges.** (2001). *Especies de espacios*. Ed. Montesinos.
- Martinez, Juan Luis.** (2016). *La nueva novela*. Ediciones archivo.
- Kant, Immanuel.** (2006). *Crítica de la razón pura*. Ed. Taurus.
- Foucault, Michel.** (2006). *La arqueología del saber*. Ed. Siglo XXI.
- Foucault, Michel.** (1999). *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales*, (Vol. I). Ed. Paidós.

### Cómo citar este artículo:

Arceu Alarcón, C. (2025). Cartografías sensibles. Pensar una escritura del territorio. Trazos-Revista de estudiantes de Filosofía, 2(9), 34 - 46

